

LETRAS

Poesía y humanidad del agua

El agua es el único mineral que tiene una historia; no la Historia Natural que tienen todos los minerales, sino una historia propia y casi humana.

El agua sale de la tierra y a la tierra vuelve, con secreta nostalgia de peregrino, después de un audaz circuito de arroyos, mares y nubes. Dejadme que os relate algunos rasgos biográficos del agua:

Suele tener una juventud poética y cancionera, con música de arroyuelos, fuente-cillas y cascatedas; una pensativa madurez de adulto, si alcanza serenidad y profundidad de río; venerabilidad de anciano, si quedó hecha nieve de ideas en las cumbres, para que luego su ternura lllore al sol, en un rumor lento de palabras y recuerdos; y un dramático final en la tumba revuelta de un océano.

Pero siempre es sencillamente humilde. Nace secreta en un rincón de la serranía y, con voz y andadura silenciosas, difunde y se derrama lenta y mansa, temerosa de exhibir demasiado su valía y su aptitud materna, capaz de tesar los terruños que pisan sus piecitos de cristal. Como a «Cenicienta» la humildad de sus orígenes, la abnegación de su vida y el calzado cristalino, la hacen princesa sin pretenderlo. ¡Qué sencilla y honesta y soñadora es el agua!.. Pero sobre todo, ¡qué humilde!... A todo se adapta dócil: al surco, al peñasco, al hoyo, al vaso, a la nube... Y ella sabe, sin embargo, que es riqueza en la siembra, maravilla en la gruta, tesoro en la perla y savia y jugo de corazón y de humanidad en la lágrima... Como sabe que la invoca el sediento, que la busca el caminante, que la poetiza el zahorí... Pero no por ello deja el agua su pergeño de indecibles humildades...

Ya sé que hay quien dice que es coqueta y voluble y jovial hasta lo frívolo. Por lo visto hay quien la quisiera siempre espesa y quieta, en laguna, sin transparencias, sin canción y sin rumores, como un viejo pensamiento encharcado en la mente de un filósofo... No. El agua ama el movimiento, la alegría y la juventud. Sonríe siempre porque se sueña luz. Sabe que unos la solicitan por su finura y transparencia; otros, atraídos por su sensualidad gozosa de músculos femeninos. Estos, por su sed; aquellos por su egoísmo. Para todos tiene una sonrisa de luz y un rumor músico de cristal... Por eso dicen que es coqueta...

La verdad es que es el único mineral vivo; que se mueve a sí mismo con elasticidad de animalejo. Tiene algo de cosa viva, de animácula sutil y fugitiva, sensibilísima; un leve contacto mueve todo su ser. Bajo su piel de platino líquido, de acero sensitivo, esconde un fino tejido muscular, unos nervios te-

nusimos y unas entrañuelas incógnitas, frescas y maternas, siempre en temblor. Toda su fisiología es de juventud, de juventud insomne, incansable y jovial, andando siempre, charlando siempre, durmiéndose en la charla, en la música y en el rumor.

Se explica que odie tanto el estancamiento, la vejez y el sueño. Ella sabe que quieta y detenida, se corrompe y mineraliza, como todo lo vivo cuando muere. Sabe que el estancamiento mata la maternidad fecunda de sus entrañas que sueñan el riego y la conjugación con otras entrañas...

Por eso, con la quietud forzada, el agua se irrita y descompone, su humildad natural se hace rencor y su timidez, soberbia. Y cuando salta la presa, cuando se despeña incontinente, grita, muje, amenaza y se desmelenan entre babas de ira, atroz y energuménica como una buena feminidad contradicha y fracasada en su vocación materna. Hasta recogida en la cuenca del océano, inventa brisas y vientos y atracciones de astros para continuar en su movilidad y no pudrirse.

Pero pasada la exaltación de su furor, vuelta al camino fluvial, recobrado el ritmo de su andadura, de todo se olvida, de todo rencor se limpia y sintiéndose y recreándose, igual a sí misma, vuelve a ser generosamente conciencia líquida del mundo donde el paisaje se piensa, en imágenes e ideas limpias y purísimas. Y la estrella, la nube, el árbol y el caminante allí toman reflexivamente la primera noticia profunda de sí mismos. Si tiene profundidad, el agua se ha hecho cerebro y su piel toma las arrugas de una frente... Reflejando el mundo, el agua se ha hecho conciencia y la conciencia del hombre no es más que la reflexión sobre las propias aguas interiores, cuyo rumor de caracola marina suena oscura y patética en la gruta del corazón...

Pero además de conciencia psicológica del mundo, tiene mucho de conciencia moral. El agua es limpia y lustral y odia el pecado. Todo lo purifica el agua: así la culpa ancestral por el bautismo, como las miserias de la carne, por el hervor y por el ascetismo o la castidad de la intemperie y el frío... Por eso, el agua es naturalmente casta y fría; elevada de temperatura, se desnaturaliza y se pierde en humos y vapores, en borracheras de la vanidad; nada más hinchado y vano y sin sustancia que el agua hecha vapor, aunque tome formas de mujer en la nube o impulsos enérgicos de pasión, en la locomotora. Su salud, su fruto y su riqueza está en la frialdad. Para conservarse quieta y no corromperse, precisa de la baja temperatura. ¿Y qué agua más pura y casta que la que se viste con la candidez de la nieve?

Por casta, por limpia y por humilde, San Francisco de Asís la llama «hermana». Y es novia del monte, del cielo, de los guijarros del prado, con su sensualidad inocente, con el pudor de su carne pura. Casta, limpia y humilde, con su fantasía poética, hace labios de sus riberas, gracilidad de su andadura y canción amorosa y tierna de su voz, mientras se enoja de sortijas y brazaletes elaborados con espumas y cantos luminosos. Tiene mucha fantasía poética; el agua es el único mineral que sueña y poetiza el mundo...

Por algo, cuando salina y bendita, trae vida como un suero, como una savia, y lleva la gracia al catecúmeno...

PEDRO CABA.

El Dragón de los siete cerebros

(CUENTO MARAVILLOSO)

Tenía mi abuelo un cofrecillo que se trajo en sus tiempos mozos allá de las Islas Filipinas; era de laca y ostentaba sobre pintado paisaje chino cursi policromía un dragón color de lagarto, de siete cabezas como las de los cuentos infantiles. Cada testa era remate de largo cuello ondulante. Lo que en su interior guardase ocultábase el viejo cual misterioso arcano. Tentado estuvo muchas veces por incentivo de la curiosidad a saltarle la tapa burlando el secreto, mas un temor a su carácter violentísimo me hizo desistir de la idea.

El cuatro de Septiembre, día de mi cumpleaños, esperaba yo su regalo de felicitación que, según constumbre, en esta fecha serían veinte duros, porque cada año que yo cumpliera, él aumentaba en uno el donativo metálico y, siendo tantos como años, al cumplir veinte en buena lógica podía esperar los veinte duros de mi abuelo.

Me llamó a su despacho, abrió un cajón de la mesa y extrajo una cajita de lata, envase jubilado de no sé que pastillas para la tos y de ella una llave minúscula que entre sellos de correos, un pedazo de lacre y varios alfileres guardaba.

—Este año voy a felicitarte con algo más positivo que el dinero.

¡La tapa del cofre iba a alzarse por fin ante mis ojos! Lo abrió. Contenía una vieja flauta rudimentaria.

—Mi regalo—dijo—. Y nublóse mi frente por el desencanto. ¿para qué querría yo una pobre flauta campesina?

—¿No te gusta? Mira esta figura pintada en el cofrecillo.

—Un dragón con siete cabezas.

—¡Y con siete cerebros! En cada cabeza albergó una faceta de temperamento infernal. Siete cabezas, siete pecados. La más erguida anidaba soberbia, la cubría con un espléndido sombrero de copa; otra, irredenta avaricia; la tercera, que en el dragón dormitaba vencida por su edad—(era milenario el dragón)—correspondía a la lujuria; recostada en ella la de la pereza pasábase la vida bostezando sobre el cráneo de su compañera. Las de la gula y la envidia, amigas íntimas y, la última, un almacén de sórdida ira...

Pues traía en jaque a la comarca. No es de extrañar que teniéndolas llenas de tan malas ideas sufriese grandes dolores de cabeza y era temible, porque desde lo más alto de la sierra vociferaba durante la noche como un condenado; sus gritos impedían oír en cien leguas a la redonda. ¡Y allí de los pobres boticarios fabricando aspirina por toneladas para calmar la neuralgia de su dragón!...

En el mejor de los casos gritaba a siete voces y decía—la soberbia:

—¡¡¡Esclavooooos!!! ¡Subidme diez duros de regaliz!...

Y la envidia:—¡¡A mi tambieeen...!!

Y la gula:—¡¡¡Regaliz!!!